

Alfredo Falero Cirigliano - Dpto. de Sociología – Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de la República - Uruguay - alfredofalero@gmail.com

Mesa 15 – Lectura, reconstrucción y formulación de teorías sociales: cuestiones metodológicas de la investigación en/sobre teoría.

PROBLEMAS CONTEMPORANEOS EN LA PROYECCION DE LA TEORIA SOCIAL Y ALGUNOS DESAFIOS INMEDIATOS.

1. Introducción al problema en América Latina.

No puede establecerse sobre la elaboración y uso de la teoría social un juicio taxativo considerando las diferentes situaciones existentes en centros académicos de América Latina. Obviamente se podrían considerar casos como los de Argentina, Brasil y México para fundamentar que existen impulsos aquí y allá. Sin embargo, en otros, la situación resulta realmente problemática y este es el punto de partida de lo que sigue.

La imposición de una tendencia instrumentalista, es decir donde la construcción de conocimiento sociológico se subsume en determinadas técnicas de investigación particularmente cuantitativas, es una cuestión central para abordar hacia el futuro inmediato, pues no se trata de caminos paralelos. La tendencia señalada termina fagocitando la potencialidad de la teoría social para promover la construcción de conocimiento sobre la sociedad.

Esto está ocurriendo en Chile en general, acompañando una tendencia general de la sociedad marcada por una visión instrumentalista y pragmática y también es el caso de Uruguay (y específicamente desde donde se inscribe este trabajo). Tomando estos casos como referentes de un universo más amplio, se puede decir que es hegemónica una forma de construcción de conocimiento que se realiza al menos sobre las siguientes bases: compartimentación y fragmentación excesiva que distancia mucho la focalización realizada con la explicación sobre la sociedad, celo corporativista que inhibe la apertura de lo interdisciplinario, pérdida de visión sociohistórica para advertir la relación entre teoría y procesos sociales y énfasis en requerimientos de uso de determinadas “técnicas” de investigación que ofrece un aire de avance y seriedad aunque muchas veces se termine demostrando lo sobradamente conocido. Seguramente en otros casos se podrán advertir tendencias similares.

El problema es que la reducción de la realidad para ser manejada a partir de subsumir el objeto a técnicas cuantitativas o cualitativas ante urgencias de construcción de “datos”, tiene efectos importantes para la naturalización de un lugar marginal de la teoría. Ello es así porque los objetos de estudio tienden a configurarse sobre la base de la reificación de las técnicas de investigación y no sobre la base de las aperturas analíticas que la teoría social en su relación de ida y vuelta con la realidad social potencia.

Tal naturalización se refuerza de la misma manera que lo que ocurre con los recursos que utilizan los sacerdotes de una religión que asumen el monopolio de la gestión de los bienes de salvación y que por tanto se colocan más allá de cualquier posición de clase o filosófica. El profesional técnico de la Sociología -en esta versión reduccionista- se configura como el único calificado para gestionar los recursos de explicación sociológica, pues su contribución ya no admite cuestionamiento de construcción de conocimiento de ninguna naturaleza. Simplemente se construye socialmente como el aporte “técnico”.

Esto se complementa con cierta sospecha de inutilidad “práctica” de lo alternativo. Pues ya sea bajo tipificaciones de “ensayístico” (entendido como actitud alejada de la fundamentación empírica e incapaz de cumplir con determinados requisitos “técnicos”), ya sea bajo la silenciosa premisa de producto no comercializable o alejado de los requerimientos de “la sociedad del conocimiento”, en fin, sea por las razones que fueren, se tiende a perder un ángulo de acercamiento de la realidad que habilita otra producción de conocimiento para entender numerosas problemáticas sociales.

Obsérvese que no se trata aquí, en esta breve introducción a la temática de fondo, de negar aportes de ninguna técnica de investigación. Se trata de plantear el tránsito silencioso de que se pase de considerarlas recurso de investigación bajo determinados límites, a vehículo para erigirse en la vía de acceso a la madurez disciplinaria en tanto habilita a su ejecutor a ser incuestionado bajo determinados parámetros “técnicos”.

Este movimiento tecnocrático que se opera en la disciplina y que puede ser comparado al realizado en la Economía en su momento, es un tema clave porque puede ser identificada como una tendencia negativa que de desarrollarse en América Latina en forma más masiva terminará ahogando la potencialidad de la teoría. Simplemente debe señalarse aquí que como mostró Bourdieu con el análisis del campo académico (2008), se trata como en

cualquier espacio social de agentes con posiciones desiguales de poder y por tanto con disponibilidad de recursos diferentes al interior del mismo que terminan naturalizando líneas de acción.

Sobre estos temas se ocupara la primera parte de la ponencia. En segundo lugar, se trabaja en la relación teoría y procesos sociales y los límites del lenguaje. Se alude a la geopolítica del conocimiento en relación con la teoría y finalmente se pasa a bloqueos más estructurales que hacen a las transformaciones globales en curso y sus efectos en la elaboración teórica. Aunque esto último tiene efectos más transversales, igualmente se reproduce la geopolítica del conocimiento y en ese sentido se ubican algunos desafíos actuales para quienes se posicionan en una perspectiva no instrumentalista.

2. La falsa oposición y los usos de la teoría

Puede partirse de la siguiente falsa oposición que no necesariamente se reproduce así en los distintos centros de producción sociológica de América Latina, pero que ocurre en distintos grados y que se caracterizará como el sociólogo “que investiga problemas sociales” versus el sociólogo “teórico”. Se trata a todas luces de una división falsa, establecida en función de lógicas clasificatorias del agente dominante del campo académico (nuevamente Bourdieu).

Una falsa oposición que aparece enfatizada cuando los del primer grupo se autoidentifican dentro de la sofisticación de las técnicas cuantitativas, como ya se aludió, lo que lleva a disolver las fronteras con la Estadística. En estos casos, los primeros marginan a los segundos rodeándolos con un aire de “filosofía”, ocupados en abstracciones, que a lo sumo cumplen un papel decorativo en lo que realmente importa. Naturalmente los segundos pueden decir de los primeros que su punto de partida es reduccionista, que suelen caer en una apropiación de la realidad periférica revestida de ciencia y ni siquiera tienden a problematizar esa relación o que ahogan la capacidad de establecer mediaciones analíticas entre otros argumentos posibles. Pero dado el carácter hegemónico de los primeros, de sus recursos, de su capacidad de comercializar su producto, de sus esquemas de poder construidos, tales críticas tienen escasos efectos.

Esta falsa oposición entre básicamente empíricos y básicamente teóricos, cuando se produce, tiene efectos devastadores para ambos grupos. Para los primeros pues se

vuelven incapaces de captar los problemas serios que subyacen en la generación de conocimiento de lo social y suelen quedar encerrados en un fuerte reduccionismo corporativo, para los segundos pues pueden no percibir hasta donde existe una relación dialéctica entre el plano empírico y el conceptual, de realimentación permanente, que de no producirse lleva a alimentar un metadiscurso vacío y perpetuo, como llegó a señalar Bourdieu (Bourdieu;Wacquant, 2005).

Si habría que identificar uno de los elementos que contribuyó al “boom Bourdieu” en el Río de la Plata, éste es uno de ellos: la capacidad del autor de impulsar la investigación en clave crítica sobre diversos temas sin que esto estuviera en tensión con la construcción conceptual que avanzaba paralelamente. De hecho, ésta última fue potenciada por la primera pero a la vez la producción conceptual derivó en la apertura a nuevas posibilidades de configurar problemas de investigación.

Esto ya se expresaba en su trabajo junto con Passeron de 1964 sobre la reproducción de dinámicas de desigualdad en la educación (Bourdieu y Passeron, 2003) y lo que llamaron la “elección de los elegidos”. Naturalmente que lo que siguió proyectando al libro muchos años después no es el tratamiento del material empírico utilizado –hoy notoriamente caduco y de difícil transplante a una realidad bien diferente como la del Río de la Plata- sino la capacidad de configurar una batería de conceptos que dieron que hablar (como los conocidos de capital económico, capital social, capital cultural y capital simbólico que se desarrollarían años después).

Un punto central que plantea esta temática de realimentación entre conceptos y elementos empíricos, es la de los usos de la teoría. A partir de lo antes expuesto, pueden establecerse al menos tres grandes ejes:

- a) Sin teoría, la realidad inmediata, la experiencia aleatoria aumenta en el investigador la ilusión de una captación no problemática. La versión revestida de ciencia es la idea de realidad asible a partir de una cuantificación y tratamiento estadístico mediante descomposición y agregación de variables. Lo ya comentado. Pero subráyese que no se está sosteniendo la inutilidad de algunas técnicas estadísticas sino su versión extrema de lo que puede caracterizarse como “ilusión inmediateista” que lleva a considerar la realidad, aún sin

proponérselo, como inmediatamente asible a partir de un tratamiento por agregación de variables.

- b) Sin desarrollo teórico, se entra en un círculo vicioso por el cual la capacidad de ordenar y relacionar información tiende a quedar subordinada a lógicas pragmáticas de lo posible. En tanto ello, puede decirse que un segundo eje es la potencialidad de la teoría como guía general para establecer mediaciones fuertes y débiles. Y la paradoja es que en un contexto en que existe una sobreabundancia de fuentes de información y de acceso más o menos rápido, lo clave es contar con una más sofisticada brújula de navegación. Si se coloca este papel de guía solamente en los “objetivos” de la investigación, el problema de fondo no se soluciona.
- c) Sin teoría se generan cierres o encuadramientos apresurados de la realidad a efectos de profundizar en el objeto. Esto supone una mutilación cognitiva que queda en evidencia en cualquier tema cuyo tratamiento se limite a determinados parámetros que se repiten una y otra vez. Por ejemplo, una buena guía teórica podría permitir abrir el estudio de la pobreza al estudio de sus mediaciones con la riqueza, como dinámicas integradas de los procesos de acumulación. Y dejaría ser un tema de mera cuantificación de pobres según línea de pobreza, necesidades básicas insatisfechas o planteos combinatorios de ambas. En este sentido, el esfuerzo de aprehensión de la realidad social exige teoría y ésta requiere imaginación sociológica, asumiendo la afortunada y extendida expresión de Wright Mills (1997).

3. Teorías y procesos sociales.

Si se analizan grandes aportes teóricos desde América Latina se advierte además que la teoría sociológica llegó a tener un impulso creativo desde la región. En especial, debe recordarse esa eclosión creativa que ocurrió en la década del sesenta y que puede ser caracterizada de ruptura paradigmática en relación a planteos anteriores y paralelos de visualizar etapas universales que se repiten en cada país en relación al “desarrollo”, difusionistas en cuanto modernización o de asincronías entre sociedades duales a la vez tradicionales y modernas (Falero, 2006).

Es el establecimiento de mediaciones analíticas lo que habilita una mirada en clave no eurocéntrica lo que evita recaer en una visión evolucionista, imitativa de lo ocurrido en

regiones centrales de acumulación recubierta de la idea de “desarrollo”. Porque es llamativo que aún hoy y a pesar de la ruptura paradigmática aludida, se suele caer en América Latina en teorizaciones mecánicas y reduccionistas de desarrollo asimiladas a crecimiento y a idea de meta a alcanzar si se tiene paciencia (Falero, 2015).

Desde entonces, una de las conclusiones posibles en términos metodológicos para la generación de teoría es la estrecha relación entre la caracterización de procesos sociales y la elaboración teórica. Y esto supone pensar una fuerte conexión con insumos históricos bajo el supuesto que una perspectiva de caracterización de procesos sociales tiene un impacto altamente positivo sobre la teoría y viceversa. No hacerse cargo de la importancia del estudio de diversas problemáticas como procesos sociales supone profundas consecuencias en la construcción de conocimiento de lo social algunas limitantes para la proyección futura de la Sociología que tiende a quedar restringida en sus parámetros de acción. Para empezar, cuando esto ocurre, se genera una enorme miopía en la tradición sociológica de pensar la sociedad desde la relación teórico – empírico que comenzó con los tres autores considerados clásicos: Marx, Weber y Durkheim.

Considerar estos tres autores, dígame de paso, constituyó al decir de Wallerstein (1999) un punto de partida coherente para la Sociología –no un conjunto de axiomas- al fundamentarse tres grandes bases también para la elaboración de teoría donde subyace el presupuesto del actor o agente social: la perennidad del conflicto social, la existencia de mecanismos de legitimación para contener el conflicto y la realidad de los hechos sociales¹.

Bajo estos parámetros se pueden pensar por ejemplo, ciclos de conflicto social que atraviesan la región más allá de especificidades sociales y asincronías temporales entre países. Por ejemplo, si se consideran ciclos de luchas sociales desde la década del sesenta, se pueden establecer tres: vinculado a la transformación caracterizada como anti-imperialista y paralela a la crisis del modelo de sustitución de importaciones, un segundo

¹ También recuerda Wallerstein, que esa lista debe mucho a Talcott Parsons si bien fracasó en su preferencia que era canonizar la tríada Durkheim, Weber y Pareto. También corresponde señalar que de los tres autores finalmente aceptados, Durkheim fue el más “autoconsciente” sociólogo, pero ello no implica en absoluto jerarquizar sus aportes. Y finalmente, tampoco es menor, establecer como desde algunos centros académicos ubicados en los propios centros de acumulación (por no señalar algunos casos en América Latina) se vuelve una y otra vez a sus aportes. La crisis que no es solo económica, por ejemplo, llevó a releer a Marx como hace tiempo no se hacía.

vinculado al fin de los procesos autoritarios y de reconstrucción de formas democráticas en la región y un tercero desde mediados de la década del noventa contra lo que se caracterizaba como “políticas neoliberales” (Falero, 2008).

En cuanto a la referencia o delimitación “América Latina” para pensar procesos sociales, corresponde enfatizar que no se trata simplemente de lo territorial sino de lo que puede establecerse como “unidad de análisis general”. Es decir, no es novedad que las unidades de análisis en el sentido conocido se definen con los objetos de investigación y dependen por tanto de cada investigación. Aquí se procura enfatizar en la idea de una unidad teórico-metodológica de registro más amplio que trasciende las diferentes investigaciones que impliquen procesos sociales, ya sea sobre clases sociales, Estado, marginalidad, transformaciones urbanas, entre muchas otras (Falero, 2011a).

Por decirlo en pocas palabras, se asume América Latina en un sentido de “totalidad” entendida como lo hacía Hugo Zemelman que obviamente no puede referir a “todos los hechos” sino que se entiende como una óptica epistemológica desde la que se delimitan campos de observación de la realidad (véase por ejemplo, Zemelman, 1992, tomos I y II). En este sentido traspasa disciplinas y redefine conceptos.

La idea general es considerar a América Latina como óptica y a la vez espacio social de problematización que permite reconocer articulaciones claves para que los hechos asuman su significación específica. En este sentido los estudios latinoamericanos implican un beneficio teórico-metodológico –y no se trata meramente de incorporar un mecanismo de contrastabilidad entre casos- que permite enriquecer la base para reconocer posibles opciones de teorización. Se puede afirmar entonces que se adquiere otro estatus epistemológico para el análisis de procesos sociales. Bajo esta perspectiva se pueden identificar dinámicas políticas, sociales y económicas específicas que se repiten en diferentes países o que directamente atraviesan fronteras, dada una coyuntura sociohistórica o su relación con otras escalas temporales.

Por ejemplo, el fenómeno caracterizado como populismo después de la segunda guerra mundial es uno de los ejemplos posibles y no se agota, naturalmente, con el caso de Vargas en Brasil y Perón en Argentina. Implica de una manera u otra a toda la región y sugiere un proceso con diversas coyunturas. De hecho, el concepto de neopopulismo

aplicado hoy, más allá del ajuste o desajuste de la noción, solo adquiere posibilidad de discusión en función de la especificidad de la historicidad regional y no en función de teorizaciones extrarregionales.

Otro ejemplo es lo que suele caracterizarse como “neoliberalismo”. Desde la postura anteriormente esbozada, se trasciende (aunque implique) la discusión sobre, por ejemplo, cuanto de nuevo y cuanto de viejo tiene esta visión consolidada en la década del noventa. O, por ejemplo, la discusión sobre sus efectos en el tejido social. Observado como proceso social, puede advertirse como una expresión de mutaciones de la economía-mundo capitalista de las últimas décadas y de la articulación asimétrica que la región profundizó con la misma y los procesos sociales que a partir de esta inflexión emergieron.

Desde allí la conexión teórico – empírico se abre a un conjunto enorme de planos de análisis. Por ejemplo, el difundido concepto de “acumulación por desposesión” de David Harvey adquiere una densidad explicativa mayor sobre todo esto de lo que sugiere “neoliberalismo” si se asume un cuadro de análisis más global (Harvey, 2007). No obstante, aquí el problema es que su reutilización acrítica permanente sin ponderar adecuadamente su fundamento y proyección, lleva a un rápido desgaste como herramienta. Acumulación por desposesión termina entonces siendo todo, termina colocándose como una categoría que sobredetermina cualquier otro desarrollo teórico.

4. Teoría, agentes sociales y temporalidad.

Una última consideración sobre la relación procesos y teoría social refiere a la idea de agentes sociales y temporalidad. Porque llegados aquí, está claro que la perspectiva de teoría que se sostiene no es la de subordinar la realidad a “estructuras teóricas explicativas” a lo de Althusser, que de alguna manera establece un orden de jerarquía en el plano de lo concreto-real (Zemelman, 1992, tomo I) donde la teoría se sobreimpone a la realidad. En cambio aquí se ata la elaboración teórica al despliegue de los agentes sociales que pueden considerarse reproductores o transformadores de estructuras sociales.

Cuando se considera a los agentes sociales en sus posiciones de dominantes y dominados, prácticas, tensiones, conflictos, recursos de poder, en suma, como

constructores de realidad, se abre una cuestión clave que se relaciona con la capacidad de visualizar futuros posibles. Y esto significa el desafío de traspasar la coyuntura sin que esto suponga hacer meramente una “historia” de situaciones o eventos.

No pocas veces los insumos que proporcionan las ciencias sociales quedan atados a una lógica meramente coyuntural. Y cuando se estudia por ejemplo el tema de los movimientos sociales en un sentido amplio del concepto, con una postura relacional del problema, es tan importante considerar la coyuntura como traspasarla. Puede ser tan equivocado sobreimponer horizontes de posibilidades a partir de una coyuntura de un movimiento social o de un conjunto de movilizaciones de diversos movimientos y organizaciones, como negar su potencialidad cuando se queda restringido a la misma.

En relación a lo primero, esto es lo que ocurrió con la llamada “primavera árabe” por ejemplo. El propio nombre daba cuenta de la apertura de una sucesión de posibilidades de fuerzas populares que se levantaban contra el viejo orden y habilitaban la idea de construcción de algo alternativo hacia el futuro. Pero en verdad fue una coyuntura -la revolución de la Plaza Tahrir en Egipto- la que capturó la imaginación mundial a partir de lo que había ocurrido antes en Tunez en cuanto a movilización popular.

Lo sucedido posteriormente –represión incluida- permitió establecer que se había impuesto un optimismo exagerado a partir de una temporalidad inconclusa. En cuanto a lo segundo, muchas veces coyunturas de “valles” en el accionar de sujetos colectivos en América Latina han llevado a proyectar un debilitamiento estructural de movimientos sociales y en consecuencia a legitimar un orden “posible” cercano o similar a la propuesta de la “Tercera Vía” en cuanto llamado a la adaptación.

Por ello, se considera importante problematizar la temporalidad. Si un proceso social puede entenderse, a grandes rasgos, como una sucesión de coyunturas atravesadas por prácticas de agentes sociales que, en función del contexto, habilita a hablar de líneas de continuidad pero también de una direccionalidad que surge entre otras posibles, es preciso considerar que esto implica escapar de todo determinismo y considerar que el resultado es una posibilidad entre otras si bien dentro de determinados parámetros. En tal sentido captación sociohistórica y elaboración teórica a partir de la misma, es lo que permite traspasar el sentido común de lo observable y proyectar tendencias.

En el caso del estudio de movimientos sociales, la captación implica en consecuencia no quedarse encerrado en el movimiento sino asumir las mediaciones del mismo en una totalidad social que hace a la historicidad de la construcción del poder. Por ejemplo, ¿cómo puede entenderse un movimiento como el de los trabajadores rurales Sin Tierra, el MST, sin considerar la propiedad de la tierra y lo que significó y significa en términos de poder concentrado en la historia de Brasil?. Pero adicionalmente, ¿cómo puede examinarse al MST en tanto movimiento en la actualidad sin tener en cuenta las transformaciones globales que hacen al impulso del agronegocio y la reprimarización de las exportaciones que vive América Latina?. Esto significa asumir que las teorías sobre movimientos sociales resultan insuficientes para la captación de los mismo y requiere ir más allá de ellas (Bringel y Falero, 2014).

Si bien ya se ha mencionado, debe subrayarse en este trabajo una vez más, el aporte de Hugo Zemelman sin que esto signifique necesariamente adherir totalmente a su postura y alcances de la misma. Uno de los presupuestos que debe recordarse por sus derivaciones en términos de procesos y temporalidad es, por ejemplo, cuando el autor ya planteaba a comienzos de la década del noventa apoyándose en Ernst Bloch como su argumentación estaba orientada a defender una forma de pensar que se apoyaba en la apertura que plantea la necesidad de movimiento de la realidad.

Esto significa una construcción de conocimiento que “se base en lo inclusivo-indeterminado, lo que implica considerar los contenidos como abiertos para reconocer sus rupturas, en lugar de someterse a su acumulación mecánica. Todo lo cual constituye una modalidad de razonamiento que rompe con los límites establecidos, de manera de buscar; incluso lo “escandalosamente inesperado” (Zemelman, 1992 Tomo 2: 32). Ahora bien, ¿cómo caracterizar lo inesperado, lo nuevo sin introducir los límites del lenguaje?. Deben introducirse algunos elementos en tal sentido.

5. La importancia del lenguaje para la construcción de teoría.

La capacidad de manejo del lenguaje en teoría es clave en el entendido que la riqueza conceptual, el análisis, la explicación, las aperturas a campos de análisis se sustentan en tal capacidad. Cualquier delimitación conceptual estará siempre sujeta a los límites y posibilidades del lenguaje. La generación de un concepto, que adquiera capacidad explicativa, está condicionada a su potencialidad enriquecedora para marcar

determinadas características del objeto de estudio, evocar connotaciones de la disciplina, sugerir determinados despliegues sociohistóricos, entre otros elementos.

En esta dirección, es que se ha sugerido la necesidad y conveniencia de articular diversos lenguajes, es decir, aquellos propios de la racionalidad científica como aquellos ajenos a la misma. Una búsqueda que implica apelar a la metáfora, a la literatura, por ejemplo. “Se trata de avanzar en la búsqueda de sentidos pero en el marco de otros parámetros de significación y de orden, de conformidad con esa fuerza del lenguaje que se recobra en la poesía”. Y trayendo al filósofo Ernest Fischer recuerda Hugo Zemelman como “la lengua del poeta suelta los orígenes, conjuro de una mágica unidad de palabra y realidad”, algo así como “regresar a la vida en el lenguaje que es la vida del lenguaje” (Zemelman, 2007: 57; también véase Zemelman, 2005).

Se deriva de lo anterior -se acuerde o no en la argumentación indicada- la necesidad de liberar al lenguaje de las Ciencias Sociales de prisiones que no lo habilitan a colocarse con capacidad de dar cuenta de problemáticas que van emergiendo. El lenguaje es la base para la organización de la observación de la realidad social, para plasmar ángulos de acercamiento a la misma. En el estudio de procesos sociales de América Latina, debe dar cuenta de una construcción, debe marcar la complejidad de agentes sociales y su despliegue considerando el desafío de no caer en significados preestablecidos o aprisionados para captar realidades sociohistóricas diferentes.

Por ejemplo, las modalidades de relacionamiento entre movimientos sociales y gobiernos de izquierda y progresistas, puede llevar a recurrir acríticamente a la idea de cooptación en todos los casos porque es una noción disponible. O, agentes críticos del campo popular en el Río de la Plata pueden caracterizar el comportamiento de un movimiento sindical como “peronización” porque alude a una realidad históricamente conocida y cercana. Sin embargo, en muchos casos probablemente no sean tales términos los que den cuenta de una realidad más compleja.

La problematización de estos aspectos es necesaria en el entendido que existe una lucha simbólica para establecer sentidos a nociones y conceptos. Piénsese, por ejemplo, cuando se habla de democracia. El término puede dar cuenta de consideraciones opuestas; puede aludir a una cuestión de mero procedimiento o enfocarlo como proceso

transformador del Estado y la sociedad, puede marcar una tendencia a reproducir un orden social o alternativamente el ámbito que hace posible la activación de una potencialidad transformadora, de posibilidades alternativas. Todo ello debe verse como una invitación a no “cosificar” conceptos, de potenciar la creatividad sin quedar atrapados en cercos disciplinarios.

Otro ejemplo: si se apela a la teoría sociológica para examinar procesos de integración regional, se verá que se requiere conceptos que vayan más allá de la tradición estadocéntrica de la Sociología pero al mismo la contemplan de modo de registrar la tensión entre proyectos y dinámicas de agentes que trascienden fronteras. Frente a posiciones reduccionistas provenientes de las “Relaciones Internacionales”, la teoría abre posibilidades de lo alternativo más allá de las evidencias empíricas inmediatas, por ejemplo al abrir el abanico de agentes participantes y otros escenarios posibles (ejemplo: lo que implica comunidad de intereses en tensión con lo que implica comunidad de pertenencia).

Hay una diferencia entre abstracción sobreimpuesta y capacidad anticipatoria a partir de lo potencial cuando se trabaja con procesos sociales. Nuevamente utilizamos libremente algunas ideas de Zemelman y nuevamente estamos ante problemas de captación de la realidad. Que un concepto adquiera capacidad de visualización de lo real y también de lo potencial pero al mismo tiempo no sobreimprima capacidades o atributos que el investigador “quiera” encontrar, forma parte de la conciencia de la investigación, hace a la guía de lo que polémicamente designamos como “objetividad” (aunque está claro que no se trata de “neutralidad” que, por supuesto, no existe) y hace, finalmente, a la capacidad de potenciar el lenguaje más allá del campo específico para disponibilizarlo como cantera de lo categorial.

Nunca esto escapa de cómo una comunidad local de ciencias sociales determina el perfil, pero se asume la existencia de ciertas bases comunes de razonamiento y de construcción de conocimiento que trascienden las posibles diferencias. Para colocarlo en términos polares: el estudio de procesos sociales exige por un lado alejarse de la mera narración histórica desprendida de la contención de parámetros teórico-metodológicos y por otro evitar que estos deglutan cualquier capacidad de integrar la indeterminación y reduzcan en lógicas categoriales el accionar de los sujetos.

En suma, el lenguaje es la base para la organización de la observación de la realidad social, permite plasmar ángulos de acercamiento a la misma, pero al mismo proyecta límites sobre la teoría social. Ser consciente del punto habilita a abrir algunas temáticas hacia el futuro: en primer lugar que el poder entre otras cosas impide ver las cosas de otro modo, así que las limitaciones del lenguaje también deber verse como limitaciones de poder (por ejemplo, del poder institucional). En segundo lugar, las prácticas y experiencias de los movimientos sociales -dicho sea de paso una noción eurocéntrica que se universalizó como concepto tanto como para hablar hoy despreocupadamente de “sociología de los movimientos sociales”- al mostrar que otra realidad es posible, desafían los límites del lenguaje y posibilitan proyectar la teoría en articulación con los despliegues del sujeto en diferentes realidades. Y finalmente, en tercer lugar, está la necesidad de integrar dosis de imaginación que ningún programa de computación posibilita. Esta es la parte de arte, que también tiene la construcción teórica. La imaginación entendida como la capacidad de crear imágenes, puede operar estableciendo nexos y abriendo la formulación conceptual.

6. Geopolítica del conocimiento y construcción de teoría

Hace algunos años se viene hablando de “geopolítica del conocimiento” (por ejemplo, Mignolo, 2001). Mucho se podría ahondar en torno a lo que implica -pues afortunadamente ya existen interesantes contribuciones- pero solo dígame aquí que las formas de conocimiento también son constitutivas de estrategias simbólicas que operan a nivel global. El conocimiento social no es abstracto y des-localizado. Por tanto, no asumir los intereses que rodean la construcción del mismo en los centros hegemónicos y trasladar sus componentes y parámetros de construcción como intrínsecamente superiores a lo que se puede producir en la región, revela, por decir lo menos, una enorme miopía sobre agentes, intereses y producción de poder a escala global.

Esto tiene un conjunto de efectos. Uno de ellos es la generación y expansión de sistemas de representación de la realidad controlados desde los centros de acumulación y que solo el tiempo revela en sus alcances para la investigación. No reflexionar mínimamente sobre esta condición y como se expresa en la adopción de teorías ya refleja problemas de fondo en la construcción del conocimiento de lo social. En el caso de América Latina, en tanto fue -y en algunos sentidos es construida aún- como desplazada de la modernidad, se expresan patrones eurocéntricos de conocimiento contruidos

“naturalmente” como superiores que las ciencias sociales y el campo de las Humanidades pueden contribuir con sus herramientas a hacer evidentes.

Dentro de lo que se trata de focalizar aquí, queda claro que si lo eurocéntrico también puede funcionar como un “sentido común” del investigador en el que bien se puede caer trabajando desde América Latina. En la perspectiva de las llamadas “epistemologías del sur”, Boaventura de Sousa ha establecido que en verdad esto ha significado un empobrecimiento epistemológico no solo del sur sino para el norte, aunque con consecuencias diferentes para unos y otros (Sousa Santos y Meneses, 2014).

A grandes rasgos, existe una división de trabajo sociológico global por la cual la construcción de teoría y de metodología se realiza en los países centrales y los países periféricos tienden a asumir de hecho su lugar acotado de generar “sociología aplicada” a partir de repetir parámetros de análisis (Zavala Pelayo, 2011). Por lo antes establecido en términos de relación agentes, procesos sociales y especificidad latinoamericana, queda claro que al reproducir esta división se generaliza una percepción y producción de la teoría pensada en función de objetivos y requerimientos alejados de las preocupaciones y especificidades regionales.

Por ejemplo, las teorizaciones sobre cambio social si bien requieren contemplar experiencias a nivel global, deben advertir las potencialidades que encierra la propia región. Por ejemplo, en la década del sesenta y setenta puede identificarse una tensión entre teorizaciones de ruptura a partir de analogías de experiencias históricas (la Rusia zarista y la revolución de 1917 por colocar un caso) y teorizaciones de orden regional que, a través de la ruptura con la dependencia, visualizaban otro orden de bases y posibilidades.

Considerando la historia del siglo XX de la región, una de las transformaciones más brutales en términos sociales y teóricos, es la que se generó en la zona andina en los últimos años a partir de movimientos campesinos e indígenas y la invención y reinención de luchas prácticas y simbólicas que disputaron sentidos de sociedad anteriores en relación al “mundo indígena”. De lo cual se desprende a los efectos de este trabajo que la producción de teoría no es solamente una cuestión de elaboración y articulación de conceptos, sino ello en relación con el resultado de las experiencias de sujetos –en avances y también en bloqueos o en la incapacidad de proyectarse- que lleva a la crítica teórica de

lo heredado y la apertura a lo nuevo y como todo esto puede alimentar la configuración de otras relaciones sociales.

Los contextos institucionales –las universidades de América Latina y las superestructuras institucionales de premios y castigos de investigadores que también son una suerte de control de las anteriores- deberían contemplar esas especificidades y mediaciones que exige la elaboración teórica. Reintroduciendo el tema del contexto para los desafíos de producción de teoría, cabe finalmente marcar en forma telegráfica otras transformaciones más estructurales del mundo social de las que parece haberse reparado limitadamente.

7. Desafíos que impone la revolución informacional para la teoría social.

La pregunta central podría formularse de la siguiente forma ¿cómo se puede elaborar teoría social creativa para un mundo que premia la velocidad, la acción, el dato inmediato, la imagen?. Porque, por colocar un solo ejemplo, se ha demostrado que el ser humano piensa más creativamente cuando está sereno, libre de estrés y de apremios, y que si se está sometido a la presión del tiempo (Smart, 2014) pero la vida social bombardea precisamente con otras consignas y genera otros comportamientos.

Instantaneidad y fugacidad son la contracara de la reflexión serena que requiere la elaboración y la captación de la teoría. Es preciso problematizar muy introductoriamente esta idea y para ello debe partirse de lo que se ha trabajado como revolución informacional (Falero, 2011b). De las teorías –pues existen varias- del llamado “capitalismo cognitivo” han emergido numerosos debates sobre el carácter de las transformaciones actuales. Siguiendo la línea sustentada en argumentos que no es el caso aquí reiterar, se conviene aglutinar tales mutaciones como emergente “revolución informacional” lo cual permite generar un paralelismo con lo ocurrido con la revolución industrial y al mismo tiempo marcar un cambio cualitativo con efectos poco claros.

Hace ya más de veinte años que el sociólogo francés Jean Lojkin habló de “la révolution informationnelle” (Lojkin, 1995). Allí fundamentaba que no se trataba de una sustitución de la producción por la información, sino por el contrario, de una revolución que teje nuevos lazos entre producción material y servicios, saberes y habilidades. Revolución informacional entendida entonces como un nuevo y complejo

desarrollo de fuerzas productivas materiales y humanas que también tiene derivaciones en los formatos de resistencia y de emancipación social.

Con la idea de “informacional” se alude entonces aquí a una revolución tecnológica (que implica la biotecnología, la nanotecnología y la informática y la polinización cruzada entre las tres) pero también de organización social en su conjunto y que por tanto se encuentra interrelacionada con una intensa reorganización de la economía y del tejido social. Información se entiende como “conocimiento organizado” y puede ser acumulada, comprimida, procesada, pero recordando que no es un atributo del objeto sino el producto de la interacción entre el sujeto y el objeto.

Lo cual lleva a nuevos requerimientos e intensas presiones sobre el tipo de fuerza de trabajo requerida en tanto las capacidades cognitivas, sígnicas, creativas, comunicativas, de capacidad de cooperación se volvieron más esenciales para la acumulación. ¿Por qué pensar entonces que quienes trabajan en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades pueden escapar de tales dinámicas globales? En ese marco, ¿no existe el peligro de que la teoría se vuelva incapaz de trascender el orden de lo constituido al adecuar las disciplinas sociales a los nuevos requerimientos de producción y comunicación de información concreta?. ¿Acaso no puede profundizarse la sospecha de la inutilidad sobre la reflexión teórica de lo social?.

Además, igual que ocurrió con la revolución industrial, a la par que supone cambios organizacionales globales en la estructuración del capital y del trabajo, en las formas e instituciones estatales, en las relaciones que se tejen entre todo lo anterior, también se produce una mutación de los mapas cognitivos heredados. Por ejemplo, ello puede ocurrir con la capacidad de reflexión y el tipo de mediaciones que se establece (el hipertexto), con la atención atrapada en imágenes, con los nuevos modos de leer más alejados de la lectura meditativa y más cercanos a la lectura “zapping”, con los flujos constantes y en permanente expansión de información, con la persecución del dato actualizado en distintos círculos de conocimiento (en tanto también los datos tienen una caducidad mucho más rápida que antes).

Pero no se trata meramente de un cambio “cultural”, la red asociativa de nuestro cerebro se encuentra en metamorfosis permanente y aquí, para bien o para mal, parecen

esbozarse cambios que no parecen ser temporarios y superficiales. Sin caer en visiones apocalípticas, se trata de concebir lo social sobre la base de los nuevos dispositivos informáticos (internet, por ejemplo, incita a buscar lo breve y lo rápido) lo cual significa pensar una suerte de agitación mental permanente, cotidiana, una sucesión de instantaneidades, de pérdida de memoria colectiva.

En base a elementos como los anteriores es que se quiere llamar la atención sobre las nuevas condiciones sociales de producción de teoría y la necesidad de reflexionar sobre las mismas en términos de desafío hacia el futuro. El siguiente nuevamente no puede ser un juicio generalizable a toda la región. Pero de la mano de la transformación aludida, se está generando una gran confusión que puede debilitar la capacidad creativa de elaborar y utilizar teoría social. La paradoja, es que justamente cuanto más necesaria se vuelve esa función de guía ordenadora y filtro de selección de información que supone la teoría, es cuando más débiles se vuelven las condiciones sociales para su producción.

8. A modo de breve conclusión

El trabajo planteó algunos problemas vinculados a la construcción de teoría social entendida como la capacidad de conectar información, generar mediaciones analíticas y la que permite ir más allá de lo superficial y establecer horizontes de expectativas. Lo trabajado se puede dividir en tres grandes vectores que son a la vez desafíos a los cuales se procuró interrelacionar: en primer lugar, una concepción de teoría no desanclada del diálogo permanente con la realidad así como la necesidad de mostrar los usos de la misma en la investigación; en segundo lugar, su relación con la idea de agentes y procesos sociales particularmente contemplando la especificidad latinoamericana y colocando el problema de las limitaciones del lenguaje para la formulación de conceptos y, en tercer lugar, lo que podría caracterizarse de problemas vinculados a las condiciones sociales de su producción y el desafío de trascender las mismas.

Se ha tratado de fundamentar que la imaginación teórica, se define principalmente por la capacidad de combinar ideas y de elaborar la realidad a partir de la interacción con los agentes sociales. Y esto exige dos características sustantivas: que la incorporación de teoría social no se limite a la repetición del autor sino que permita abrir planos de observación (planos a los que toda investigación debe volver en el análisis de lo empírico) y artesanía intelectual entendida como la destreza que ningún algoritmo

resuelve o programa de computación posibilita y es la de problematización de la propia relación teórico-empírico. También habría que introducir aquí la necesidad de apertura interdisciplinaria.

En términos metodológicos sobre el papel de la teoría, puede decirse que los cierres o encuadramientos apresurados de la realidad a efectos de profundizar en el objeto de investigación que se delinea, no son una virtud, sino un producto de la debilidad de apropiarse de la teoría entendida como el razonamiento en términos de mediaciones analíticas. Cuando se generan estos cierres rápidos frente a aperturas posibles que abre un objeto –debe considerarse en esto el peso de una cultura instrumental y pragmática que lo permea todo- se puede llegar a mutilaciones cognitivas importantes.

Cuando se conecta el tema con la noción de procesos sociales, subyace la necesidad de un balance complejo con la historia en general y el accionar de agentes sociales en particular. Y para ello debe considerarse que la aprehensión de la realidad no pasa por aislar un fenómeno para su estudio sino por activarlo entrecruzándolo en una trama de relaciones y de situarlo en una temporalidad mayor. El despliegue transcoyuntural permite la apertura al análisis.

Esto no significa negar el estudio de coyuntura. El sociólogo Marcos Roitman alertando sobre las modas intelectuales ejemplificaba diciendo que el 18 Brumario de Marx es un texto de coyuntura (como algunos escritos de Weber, Sombart, Gramsci, Lenin, Simmel, Hobbes, Locke o Maquiavelo), pero su lógica era explicar procesos contingentes a partir de conceptos y categorías de pensamiento fuerte, cuya lectura no podía realizarse en pasillos y que ello ha permitido que resistan el paso del tiempo (Roitman, 2003).

Zemelman, por su parte, advertía de la importancia que el análisis no quede encerrado simplemente en lo dado o lo "estructurado" y de ese modo termine amputando el ángulo de observación a una especie de posibilismo social. Los conceptos pueden abrir a la identificación de tendencias, de escenarios posibles, de nuevas contradicciones. Es central construir la predisposición a aceptar que lo determinable cognitivamente no puede situarse solamente en lo dado hasta el presente, sino también en la inclusión de lo potencial en términos de horizontes posibles.

Además del manejo de la temporalidad y su conexión con la teoría social, debe asumirse que los procesos sociales se expresan en un determinado territorio de un Estado-nación pero al mismo tiempo lo trascienden. Se trabajó particularmente con lo que significa la referencia “América Latina” en tal sentido, teniendo presente que tan criticable como aislar del flujo histórico un fenómeno social resulta no asumir las articulaciones regionales y globales que inciden en el accionar colectivo.

Nuevamente aquí se está ante la apertura de mediaciones analíticas que posibilita la teoría. Agregado a su papel de guía para relacionar y ordenar información en un mundo que la produce incesantemente a la vez que sobrecarga de estímulos visuales, se puede decir que se está ante desafíos que requieren una dosis importante de reflexión creativa y de evitar que el perfil autocaracterizado como “técnico” y en los hechos antiteórico, termine vampirizando el campo de la investigación social.

BIBLIOGRAFIA

Bourdieu, P., Passeron, J C. (2003) [1964]. Los herederos. Los estudiantes y la cultura, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P., Wacquant, L. (2014) [1992]. Una invitación a la sociología reflexiva, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. (2008) [1984]. Homo academicus, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Bringel, B. y Falero, A. (2014). Movimientos sociales y gobiernos en América Latina: nuevos escenarios, tipología de relaciones y formas Estado/movimientos, Cadernos de trabalho Netsal (Núcleo de Estudos de Teoria Social e América Latina), Rio de Janeiro, IESP – UERJ.

Falero, A. (2015). *Las 7 tesis: ruptura conceptual y proyección actual*, ponencia en seminario Nuevas miradas tras medio siglo de la publicación Siete tesis equivocadas sobre América Latina de Rodolfo Stavenhagen, México, COLMEX.
<http://seminario7tesis.colmex.mx/images/pdf/mesa-uno/falero.pdf>

Falero, A (2011^a) La importancia de recuperar el estudio de procesos sociales. Algunas implicaciones teórico-metodológicas” en varios autores *El Uruguay desde la Sociología IX*”, Montevideo, FCS – DS.

Falero, A. (2011b). Los enclaves informacionales de la periferia capitalista: el caso de Zonamérica en Uruguay. Un enfoque desde la Sociología, Montevideo, UDELAR / CSIC / FCS.

Falero, A. (2008). Las batallas por la subjetividad. Luchas sociales y construcción de derechos en Uruguay, Montevideo, UDELAR-CSIC-FCS / Fanelcor.

Falero, Alfredo (2006). El paradigma renaciente de América Latina. Una aproximación sociológica a legados y desafíos de la visión centro – periferia, en *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO.

Harvey, D. (2007). Breve historia del Neoliberalismo, Madrid, Akal Ediciones.

Lojkin, Jean (1995) A revolução informacional, San Pablo, Cortez editora.

Lojkin, J. (1995) A revolução informacional, San Pablo, Cortez editora.

Mignolo, W. comp. (2001). Capitalismo y geopolítica del conocimiento: el eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo, Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Roitman, M. (2003). Las modas intelectuales, en La Jornada México (18.08.2003). Véase: www.jornada.unam.mx

Sousa Santos, B. y Meneses, M. (2014). Epistemologías del sur (Perspectivas), Madrid, Akal.

Smart, A. (2014) El arte y la ciencia de no hacer nada, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Wright Mills, C. (1997) [1959] La imaginación sociológica, México, FCE.

Zavala Pelayo, E. (2011). Teorías, teorizaciones, tiempo y contextos: un esquema conceptual para analizar teorías sociológicas y lo que hay detrás, contenido en *Estudios Sociológicos* N° 85 (enero-abril), México, El Colegio de México.

Zemelman, H. (2007). El ángel de la Historia: determinación y autonomía de la condición humana, Barcelona, UNAM - IPECAL - USB – Anthropos Editorial.

Zemelman, H. (2005) Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico, Barcelona, Centro de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Autónoma de Chiapas / Anthropos Editorial

Zemelman, H. (1992). Los horizontes de la razón, 2 tomos, Barcelona, Editorial Anthropos / El Colegio de México.

Wallerstein, I. (1999). El legado de la Sociología, la promesa de la ciencia social, Caracas, Nueva Sociedad.